

Mirábase, al pasar, la triple fosa
De Denisa, del conde y de Ricardo:
Lloraba allí la tórtola quejosa,
Y suspiraba el nardo.

Por la mañana al toque de la aurora,
La tumba que guardaba a sus señores,
Coronaba la linda labradora
Con lágrimas y flores.

Desde que el conde sucumbido había,
Al horrible dolor de su hija muerta,
El antiguo castillo se veía
En soledad desierta.

El tiempo compañero de la muerte
De musgo coronaba sus almenas;
Y allí la araña infatigable y fuerte
Colgaba sus cadenas.

Una mañana, al despuntar el día,
Llegó un anciano á la desierta fosa,
Su frente estaba pálida y sombría,
Su pupila llorosa.

Se hincó sobre la yerba humedecida
Y en la gabeta reclinó su frente:
Próximo á desprenderse de la vida
Era sombra viviente.

¡Pobre duque! Vejez anticipada
Emblanqueció el color de sus cabellos;

No era el jóven de vívida mirada,
De ojos y labios bellos.
En aquella postura le halló el día,
Sin hacer el mas leve movimiento,
En sus blancos cabellos se cernía

El matutino viento.
Las ondas del arroyo cristalino
Ya el sol bañaba con su luz radiosa
Cuando acertó á pasar un campesino

Por la fúnebre fosa.
Al ver al duque inmóvil, inclinado,
A tocar se acercó su rostro yerto;
Mas al instante se alejó, espantado

¡El duque estaba muerto!
De su conciencia la incansable queja
Le siguió hasta la muerte en sus recintos:
Tal es el fin del que arrastrar se deja

Por sus malos instintos.
Y de
Que pienso en ella y con pesar, lamento
Lo amargo de su llanto solado

A LA LUNA.

En el espacio suspendida te hallas
Como brillante lámpara de luz;
Ves en la tierra lo que pasa y callas,
Mudo testigo del espacio azul.

¿Por qué desde esa interminable altura
No me révelas compasiva aquí,
Como se encuentra el sol de mi ventura
Que ha quince auroras se ausentó de mí?

¡Si tú supieras lo que sufro ¡oh luna!
Ausente de mi madre, de mi amor,
De ese ángel puro que arrulló mi cuna
Con el acento de su dulce voz!

Tú que en la noche misteriosa velas,
Si acaso fueres á donde élla está,
En esa luz con que mi mal consuélas
Mis suspiros de amor le llevarás.

Cuando quiebres tus rayos en su frente
Que muero de tristeza le dirás;
¡Ay! que á mis ojos la contemplo aucente;
Pero que en mi alma su recuerdo está.

Dile que la memoria es un tormento
Y que fuera mas dulce el olvidar;
Que pienso en ella y con pesar lamento
Lo amargo de mi triste soledad,

¡Oh! tú de Febo la divina esposa!
Si ella sufriere como sufro yo,
Llévale envueltos en tu luz radiosa
Una mirada, un beso y un adiós.

DIOS.

Nada mas grande que tu grande nombre
Nada mas bello que tu Ser divino;
Alzas tu mano y la vénera el hombre,
Tiendes tu vista y cesa el torbellino.

El mundo existe porque tú lo alientas,
El ave canta porque tú la inspiras,
El jugo de las plantas alimentas
Y mueren si tu mano les retiras.

El rayo vibran porque tú lo mandas,
Los astros brillan porque tú lo quieres;
Formas del iris caprichosas bandas
Y con un soplo sus colores mueres.

Desde el musgo hasta el alto cocotero
Llevan tu nombre en su follaje escrito;
Tienes por trono el universo entero,
Y vives en el mar de lo infinito.

Tú das sabor al zazonado fruto,
Aroma das á las gallardas flores;
Domas al mas irresistible bruto
Y siembras el espacio de colores.

Nada le falta á tu grandeza, nada;
Eres tan poderoso como bueno:
A la nube levantas tu mirada
Y sale de ella retumbando el trueno.

El cielo con sus nítidas estrellas,
La tierra con su jiro infatigable,
Y el ancho mar con sus ondinas bellas,
Revelan tu poder infatigable.

En la profunda y montaràs barranca,
Do la planta del hombre no hará rastro,
En las montañas do la nieve blanca
Hace brillar sus copos de alabastro.

Allí estás tú, y allí te admira mi alma
Como suele admirar el sacatillo
A la gigante, cimbradora palma,
Y á la camelia el tímido tomillo.

Allí mi corazón, que á ratos gime
De la tierra perdido entre la escoria,
Siente algo indefinible, algo sublime
Que lo levanta al seno de tu gloria.

¡Grande eres, oh Señor! grande es tu nombre!
Ante él inclino mi orgullosa frente,
¡Oh! nada fuera sin tu amor el hombre!
¡Nada, sin tí del sol la luz ardiente!

Todo lo ordenas, lo diriges todo;
Todo lo mueves con encanto sabio;
Para otro mundo levantar del lodo,
No necesitas ni mover tu labio.

DESEOS.

A MI FINA AMIGA.

Ignacia Esqueda de Barragan.

Quisiera pulsar la lira
De Valle ó de Calderon
Para dedicarte, Nacha,
Una sentida canción.

Quisiera el aroma puro
Del nardo y el lirio azul
Para perfumar el aire
Que estás respirando tú.

Quisiera para tu siesta
Un bosque de arrayan,
Donde recreara tu vista
El plumaje del Faisan.

Quisiera formarte un baño
Con las linfas del Jordan,
Las rosas de Alejandría,
Las escencias de Sabá,

Quisiera que auras y brisas
Abanicaran tu sien,
Que por do quier resbalaran
En blanda pluma tus pies,

Quisiera que á mi mandato
La mirla y el ruiseñor
Regalaran tus oídos
Con su dulcísima voz;

Y más que todo quisiera
Verte contenta y feliz
Como esas gallardas rosas
Que crecen en el pensil.

Pero en este triste valle,
De amargura y de pesar,
Desde la cuna á la tumba
Hay de lágrimas un mar.

Negro abismo donde todos;
Al rujir del huracán;
Aunque por distintos rumbos,
Venimos á naufragar.

Perdona, querida Nacha,
Si he mezclado, á mi pesar,
La amargura de la vida
A una dulce idealidad.

Hablarte solo he querido
De ventura y de placer;
Mas cuando el dolor rebosa
Sale á los labios la hiel.

Los ángeles.

A LA MEMORIA DE MI QUERIDO HIJO ALFREDO.

Iva un ángel para el cielo,
Otro á la tierra venía,
Se encontraron en su vuelo

Y los dos,
En amistosa armonía,
Se hablaron con dulce voz.

¿A dónde vas? el segundo
Dijo, mirando al primero.

—Huyendo vengo del mundo,
Mundo vil,
Donde todo es pasajero
Y donde hay engaños mil.

Dejo á una madre que llora,
Que me ama con toda su alma;
Mas voy á pedir desde ahora,
Al Señor,
Que de á su pecho la calma
Y que le encienda en su amor.

—Pues si huyendo vas del mundo,
Yo al mundo con prisa vengo;
Que hay allí dolor profundo,
Duro afán,
Porque es madre á la que tengo
La misión de consolar.

—¿Mas qué consuelo es bastante
De una madre al sentimiento?

—Ninguno: porque delante
Siempre ve

La imàgen, que fué su aliento,
Al hijo que ya no es.

Pues se extiende su ternura,
Aun mas allá de la tumba,
Y en la linfa que murmura,

En el sol,
En la flor que se derrumba
Mira al hijo de su amor.

Mas yo sobre sus rodillas
Alijearé su duelo:
Pondré el labio en sus mejillas,
Jugueton,
E irá su suspiro al cielo,
Mas reirá su corazon.

Desde entónces porque cuadro
Santo y noble es el destino

De los dos,
Uno consuela á su madre,
Otro implora al Ser divino
Por la madre que dejó.

POESIA.

Hay dentro de mí ser un algo intenso
Que va por mi alma cual divino efluvio,
Fuego devorador, sagrado, inmenso,
Ardiente como el cráter del Vesubio.

Algo desconocido, algo sublime,
Que me arrebató en alas de sí mismo;
Y ya me lleva á donde el alma gime,
Ya me arrastra hasta el fondo del abismo.

En su carro de luz vertiginoso,
Dejando atrás la Espiga y Cinosura
Y el magnífico sol esplendoroso,
De Dios me eleva á la morada pura.

Yo no sé que será lo que así oprime
Y enaltece á la vez mi pensamiento,
Ni sé si me condena ó me redime
Ese ser invisible que en mí siento,

Si es el ángel del bien que en alas de oro
Ha de llevarme al seno de Dios mismo,
O es el ángel del mal que en mi desdoro
Ha de arrastrarme al fondo del abismo.

Solo sé que en mí alienta, que en mí vive,
Que me presta su espíritu y sus alas,

Que luz mi mente de su luz recibe,
Y el mundo viste para mí de galas.

Sé que su fuerza y su poder son grandes
Y que su imperio predomina en mi alma;
Que es más altiva que los ricos Andes
Y más gallarda que la airosa palma.

Sé que guarda un torrente de armonía,
Que me brinda la gloria y el renombre,
Que me ofrece un laurel por cada día
Y una página al fin, para mi nombre.

Que ese algo es una virgen de ojos bellos,
Aquí me dice mi cerebro ardiente,
De labios de coral, rubios cabellos,
Dientes de perlas y nevada frente.

De pequeñito pié, como el del niño,
Que parece del polvo se separa,
Brazos y cuello blancos como armiño,
Y el sol brillando en su pupila clara.

De tez rosada, de flexible talle,
Alma de fuego, corazón ardiente,
Voz de paloma que arrulló en el valle,
Altivo y majestuoso continente.

Me la figuro á veces tan hermosa,
La finje el corazón tan hechicera,
Que junto de ella el sol es poca cosa
Y me parece el mundo una quimera.

Mi amor á su beldad no tiene traba
Porque en ella mi dicha se atesora:
Es la reina que manda, yo la esclava
Que obedece la voz de su señora.

Reina que tiene su palacio en mi alma,
Su trono de oro en mi latente pecho;
Mirla, á quien sirve el corazón de palma
Y el pensamiento de mullido lecho.

A la mar, á la tierra, al firmamento,
Pregunto el nombre de la amiga mía;
Y cielo, tierra y mar, con dulce acento,
Murmuran á mi oído: "Es la Poesía."

EL RUISEÑOR Y LA PALOMA.

Sobre las ramas de un sauce,
Que de un arroyuelo al cauce
Se encontraba,
Se quejaba

Un ruiseñor muy hermoso,
Y en su canto cadencioso
Dijo así:

Por otro amante querido
La ingrata dejó mi nido,
Que de pluma

Como espuma,
En medio de canto tierno,
Para pasar el invierno
Le teji.

Desde que asoma la aurora,
Lloro, lloro á la traidora:
Honda pena
Me envenena;

Y por hallarla daría
De mi canto la armonía,
Cuanto soy.

Las arenas del desierto
Cruzaré con vuelo cierto
Por hallarla
Y querellarla;
Y pues mis ancias son graudes,
La cadena de los Andes
Destruiré.

Y si la hallo, con mi canto
Templaré su desencanto
Noche y día;
La voz mía,
En lo espeso de las matas,
Regalará serenatas
A mi bien.

Pero no, no haré tal cosa,
La hiel en mi ser reboza:

Si la hallo,
¡Caiga un rayo!
Si con picotazos recios
No pago yo los desprecios
De la infiel,

Una paloma que oía.
Del cantor la algarabía,
Muy prudente
Y dulcemente,
Le dijo: cantor divino,
Sufrir es nuestro destino:
Sufrir pues;

Pero si vuelve la ingrata,
En llevarla serenata
Serás necio,
Que el desprecio
Y el silencio de los labios,
Vengan mejor los agravios
Del desden.

Y es venganza que deshonra,
Vengar nombre, fama y honra,
Golpeando
O matando:
Quien con débil hace alarde,
Deja ver que es un cobarde
Sin honor.